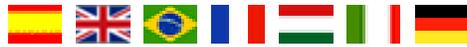


## PAPEL DE LA HOMOSEXUALIDAD EN LA PATOGENIA DE LA PARANOIA. (1911e).



### Sándor Ferenczi

Durante el verano de 1908, tuve ocasión de discutir ampliamente con el profesor Freud acerca del problema de la paranoia. Estas entrevistas nos condujeron a una cierta concepción unitaria, aunque precisábamos una verificación experimental, desarrollada esencialmente por el Dr. Freud, correspondiéndome a mí la estructuración de nuestras ideas mediante determinadas proposiciones y objeciones. Entonces considerábamos que el mecanismo de proyección (de los afectos), tal como Freud lo mostró en el único caso de paranoia que había analizado, es característico de la paranoia en general. Admitimos también que el mecanismo de la paranoia ocupaba una posición intermedia entre los mecanismos; opuestos de la neurosis y de la demencia precoz. El neurótico se libera de los afectos perturbadores mediante diversos modos de desplazamiento (conversiones, transferencias, sustituciones),<sup>1</sup> mientras que el demente aparta su interés de los objetos del mundo exterior en general, dirigiéndolo a su yo (autoerotismo, megalomanía). Se consigue la retirada al propio yo de una parte de los deseos -la megalomanía no falta en ningún caso de paranoia-, pero otra parte del interés, más o menos grande, no puede separarse de su objeto primitivo o vuelve de nuevo a él. Sin embargo, este interés es tan insoportable para el enfermo que se objetiva (invirtiendo la tonalidad emocional, es decir, la presencia de un «signo negativo») y, por este medio, es expulsado del yo. Así, pues, la tendencia que se ha convertido en insoportable y ha sido apartada de su objeto vuelve a la conciencia en forma de percepción de su contraria (como perteneciente al objeto de la tendencia). El sentimiento amoroso se convierte en percepción de su contrario, el interés se hace persecución. Hemos conseguido ver esta hipótesis confirmada por observaciones ulteriores. Los casos de demencia paranoica publicados por Maeder en el último volumen del «Jahrbuch»<sup>2</sup> han reforzado considerablemente esta hipótesis; el mismo Freud ha podido determinar, en estudios posteriores, detalles muy precisos relativos al mecanismo mental de las diferentes formas de paranoia, que sólo habíamos presentado en 1908, además de los caracteres fundamentales de la paranoia.

Pero el objetivo de esta comunicación no es el de considerar el problema completo de la paranoia; el propio Freud consagra un trabajo más amplio a este tema<sup>3</sup>; se trata sólo de comunicar una experiencia, observada en muchos análisis de paranoicos, independiente de las suposiciones anteriores, y en consecuencia de forma absolutamente fortuita.

He constatado que el enfermo no proyecta el mecanismo paranoico contra cualquier interés libidinoso, sino, según lo que he podido observar hasta ahora, exclusivamente contra una elección de objeto homosexual.

En el paranoico analizado por Freud la homosexualidad desempeñaba ya un papel considerable, o al menos suficientemente considerado por el autor en la época.<sup>4</sup>

1.- He dado las definiciones de estos términos en mi artículo “Las neurosis a la luz de las teorías de Freud”. Ver el volumen *Lélekelemzés* (Psicoanálisis), edición de M. Dick.

2.- 2 *Jahrbuch für Psychoanalytische u. psychopath. Forschungen*. Vol. 11 (Deuticke, Viena y Leipzig).

3.- Id., vol. III.

4.- «Cuando ella (la mujer paranoica) se quedó sola con la camarera, experimentó una sensación en su vientre que le hizo pensar que la criada acababa de tener un pensamiento inconveniente. » «En sus alucinaciones veía mujeres desnudas, en particular un

Maeder halló también «tendencias homosexuales indiscutibles» tras los delirios persecutorios de los dementes paranoicos que había examinado.

Por el contrario muchos casos que he observado apoyarían la idea de que la homosexualidad no juega un papel ocasional, sino el principal en la patogénesis de la paranoia, y que la paranoia no es posiblemente más que una deformación de la homosexualidad.

## I

El sujeto de mi primer caso es el marido de una sirvienta que tuve a mi servicio hace años, un hombrachón de unos treinta y ocho años al que pude observar a fondo durante varios meses. Ocupaban él y su mujer -que no era hermosa precisamente y con la que se había casado poco antes de entrar a mi servicio- una parte de mi casa constituida por una cocina y una habitación. El marido trabajaba todo el día en una oficina, de botones, por la tarde volvía enseguida, y al principio no daba ningún motivo de queja. Por el contrario, destacaba su carácter laborioso y la extremada cortesía con que me trataba. Siempre tenía algo que limpiar o que adornar en mi casa. Le sorprendía a menudo por la noche abriéndole las puertas o el parquet, limpiando los cristales altos de las ventanas difíciles de alcanzar o instalando cualquier mejora en el baño. Se preocupaba de satisfacerme por completo, cumplía con precisión y casi con rigor militar todas mis órdenes, pero era extremadamente sensible a la más mínima indicación de mi parte, que por lo demás apenas tenía ocasión de hacerle.

Un día su mujer me cuenta llorando que es muy desgraciada con su marido porque bebe mucho de un tiempo a esta parte, vuelve tarde, y sin ninguna razón la riñe y la insulta con frecuencia. Al principio no quise mezclarme en sus asuntos, pero cuando supe por casualidad que había llegado a pegar a su mujer, cosa que ella me había ocultado por temor a perder mi confianza, me decidí a hablar obligatoriamente con el marido: le exigí que cesara de beber y tratara convenientemente a su mujer, lo cual me prometió llorando. Cuando le di la mano, no pude impedir que me la estrechara con fuerza. Atribuí entonces este gesto a su emoción y a mi actitud «paternal» (aunque era más joven que él).

Tras esta escena, reinó la calma durante algún tiempo en la casa. Pero al cabo de algunas semanas, se repitió el incidente, y al examinar al hombre con atención observé que presentaba todos los síntomas del alcoholismo crónico. La mujer me confesó entonces que su marido le acusaba constantemente y sin ninguna razón de infidelidad. Sospeché enseguida que se trataba de un delirio de celos alcohólico, tanto más cuanto que yo sabía que la mujer era honrada y modesta. Pero también esta vez conseguí apartar al marido de bebida y restablecer durante cierto tiempo la paz.

Sin embargo las cosas empeoraron rápidamente y se hizo evidente que el hombre era un paranoico alcohólico. Olvidaba a su mujer y se emborrachaba en el café hasta media noche. Al volver la pega la injuriaba sin cesar, sospechando de todos los enfermos masculinos que frecuentaban mi consulta. Supe más tarde que en esta época también tenía celos de mí, pero la mujer me lo ocultaba por razones comprensibles. En tales condiciones, yo no podía mantener a la pareja a mi servicio, pero atendiendo las súplicas de la mujer consentí en conservarlos hasta el fin del trimestre. Sólo entonces conocí detalle las desavenencias familiares. El marido, obligado a explicarse, negó haber golpeado a su mujer a pesar de los testimonios visibles que lo confirmaban. Pretendía que era mujer «de hígado blanco», una vampiresa que «chupaba la fuerza viril». Tenía cinco a seis relaciones con su mujer por noche, pero esto no bastaba, y ella se ofrecía a cualquiera. Tras esta entrevista, se repitió la escena descrita anteriormente. Se apoderó de mi mano y la estrechó en medio de lágrimas, afirmando «no haber conocido jamás hombre más gentil y más amable que yo».

Cuando comenzaba a interesarme en el caso también desde el punto de vista psiquiátrico, supe por la

---

vientre femenino con pelos, y a veces órganos sexuales masculinos.» «En compañía de mujeres tenía por lo general la penosa impresión de ver ante ella a una mujer desnuda, pero al mismo tiempo pensaba que esa mujer tenía respecto a ella idéntica impresión.» «Las primeras imágenes de vientres femeninos le habían aparecido tras ver a muchas mujeres desnudas en un establecimiento de baños.» «Todo queda claro para ella», cuando su cuñada declaró... etcétera... (Freud, *Sammlung kleiner Schriften*, primera serie, p. 124).

mujer que desde su boda su marido sólo había tenido con ella dos o tres relaciones. A veces realizaba una tentativa -generalmente a tergo- y después rechazaba a su mujer insultándola: «desvergonzada, puedes hacerlo con cualquiera menos conmigo».

Comencé a desempeñar un papel cada vez más importante en su delirio. Trataba de arrancar a su mujer la confesión de que se acostaba conmigo amenazándole con un cuchillo. La mañana que estaba yo de viaje, penetraba en mi dormitorio, olía mi ropa, y después, pretendiendo haber reconocido el olor de su mujer, la golpeaba. Quitó a la fuerza a su mujer el pañuelo que le había yo regalado tras un viaje, y lo acariciaba muchas veces al día; pero también era inseparable de la pipa que le había regalado a él. Cuando estaba yo en el retrete, se ponía a escuchar en la puerta y después contaba a su mujer en términos obscenos lo que había oído, diciéndole sí «le agradaba eso». Al mismo tiempo era el más celoso de los servidores y me testimoniaba una cordialidad excesiva. Cuando yo estaba ausente de Budapest se dedicaba a pintar al óleo los retretes sin habérselo yo pedido, adornando incluso los muros con trazos de diversos colores.

Cuando supo que debían abandonar in; servicio, cayó en la melancolía, se dio por completo a la bebida, insultando y golpeando a su mujer, y amenazándole con expulsarla, y en cuanto a mí, su «favorito», me amenazaba con apuñalarme. Pero ante mi presencia era educado y respetuoso. Sin embargo, cuando supe que se acostaba con un cuchillo de cocina afilado y que se había dispuesto en una ocasión a penetrar en mi alcoba, ya no fue posible aguardar los meses que les quedaban. La mujer avisó a las autoridades que, provistas de un certificado médico, lo internaron en un hospital psiquiátrico.

Indiscutiblemente se trataba en este caso de un delirio paranoico de celos, de origen alcohólico. Pero el carácter ciego de la transferencia homosexual sobre mi persona autoriza la interpretación de que los celos que tenía de los hombres no eran sino la proyección de su propio atractivo erótico por éstos.

Su repugnancia en las relaciones con su mujer no era sólo simple impotencia, sino la consecuencia de su homosexualidad inconsciente. El alcohol, al que podemos llamar veneno de la censura intelectual y moral, había despojado de su sublimación en gran parte (pero no totalmente) a su homosexualidad convertida en cordialidad, servicialidad y sumisión, y atribuía simplemente a su mujer el erotismo homosexual descubierto de este modo, y que era incompatible con la conciencia de este hombre de elevada moralidad, por lo demás.

A mi parecer, lo único que hacía el alcohol era destruir la sublimación, poniendo en evidencia la verdadera estructura sexual psíquica del individuo, es decir, una elevación de objeto del mismo sexo. Esto quedó confirmado más adelante.

Me enteré de que años atrás el enfermo había ya estado casado. Tampoco con la primera mujer vivió en paz mucho tiempo; poco después de la boda había comenzado a beber, luego a injuriarla, torturándola con escenas de celos, de manera que por último ella le había abandonado obteniendo el divorcio. Entre ambos períodos conyugales el paciente se había mantenido sobrio; sólo tras su segundo matrimonio había vuelto a beber.

Por lo tanto, no era el alcohol la causa profunda de la enfermedad; se había dado a la bebida por la oposición insoluble entre sus deseos hetero-sexuales conscientes y sus deseos homosexuales inconscientes; a continuación, al destruir el alcohol la sublimación, apareció el erotismo homosexual, del cual sólo podía librarse la conciencia mediante la proyección, es decir, el delirio de celos paranoico.

La sublimación no quedó enteramente destruida, sin embargo. Pudo sublimar parcialmente sus tendencias homosexuales siendo un sirviente modelo, un oficinista dócil y un operario eficiente. Pero, cuando las circunstancias imponían grandes exigencias a su capacidad de sublimación -por ejemplo, cuando se ocupaba del dormitorio o del retrete-, tenía que desplazar sobre su mujer el interés que experimentaba y confirmar, mediante escenas de celos, que estaba realmente enamorado de su mujer y que no era él sino ella la que se interesaba demasiado por el sexo masculino. La extraordinaria potencia de que alardeaba no era más que una deformación de los hechos con el propósito de autoafirmarse.<sup>5</sup>

---

5.- La actividad de itgitación partidista de los iintialcohólicos intenta ocultar el hecho de que el alcoholismo es sólo un consecuencia, ciertamente grave, pero no la ciiusa de las neurosis. Ir 1,nto el ,ilcoholismo individual como el social sólo pueden curarse mediante el inálisis que descubre y neutraliza las causas que empujan a la droga. El médico militar Drenkhahn ha demostrado

## II

El segundo enfermo fue una dama, todavía joven, que, tras haber vivido durante bastantes años en armonía con su marido, y haber tenido varias hijas, poco después de nacer el niño esperado con impaciencia cayó en un delirio de celos. En su caso no intervenía el alcohol. Todo comenzó a parecerle sospechoso en su marido. Tuvo que despedir a las cocineras y doncellas hasta conseguir que sólo hubiera en la casa criados masculinos. Pero no logró nada con esto. El marido, considerado como un modelo y que me juró solemnemente no haber faltado jamás a la fidelidad conyugal, no podía dar un paso ni escribir una línea sin que su mujer lo vigilara, sospechara o lo insultara. Hay que hacer notar que las sospechas recaían sobre niñas de doce o trece años o sobre mujeres viejas y feas, mientras que los celos no afectaban por lo general a las damas de su ambiente, amigas o amas de llaves de nivel superior, aunque fueran atractivas y bellas. Con éstas, ella podía mantener relaciones amistosas.

Sin embargo, su comportamiento se hacía cada vez más insólito, sus amenazas cada vez más inquietantes, de forma que fue necesario enviar a la enferma a una casa de salud. (Antes de internarla, pedí el parecer del profesor Freud sobre la enferma; éste aprobó mi diagnóstico, lo mismo que mis tentativas analíticas.).

Dada la gran desconfianza y la viva inteligencia de la enferma, no fue fácil entablar contacto con ella. Tuve que adoptar una actitud que diera a entender mis dudas respecto a la inocencia de su marido, y de esta forma conseguí que la enferma, hasta entonces inaccesible, me comunicara sus ideas delirantes mantenidas en secreto.

Entre ellas, había algunas caracterizadas por el deseo de grandeza y el afán de interpretación. Abundaban en el periódico local las alusiones respecto a la moralidad dudosa y la situación ridícula de la mujer engañada; estos artículos habían sido encargados a los periodistas por sus enemigos. Incluso las más altas jerarquías (como el obispado) estaban al corriente de estos tejemanejes, y si las grandes maniobras reales se habían desarrollado precisamente cerca de su residencia, era porque todo tenía relación con los secretos propósitos de sus enemigos. Las entrevistas siguientes mostraron que ella consideraba enemigos suyos a los domésticos despedidos.

Poco a poco me fue descubriendo que se había casado a disgusto por complacer a su familia, sobre todo a su padre. Encontró a su marido entonces muy vulgar y brutal. Pero tras la boda se había resignado. Tras el nacimiento de la primera hija, tuvo lugar una escena significativa. El marido se mostraba disgustado porque su mujer no había tenido un niño, y ella había sufrido verdaderos remordimientos. Enseguida le sobrevino la duda de si había actuado acertadamente al casarse con este hombre. Descartó rápidamente tal pensamiento, pero le sobrevino entonces un sentimiento de celos hacia la criada de trece años, muy guapa, al parecer. Un día, cuando aún no se había repuesto del parto, llamó a la niña, la obligó a ponerse de rodillas y a jurar por su padre que el amo no la había tocado nunca. El juramento la apaciguó por entonces. Pensó que incluso podía haberse equivocado.

Cuando algunos años después dio a luz por fin un niño, tuvo el sentimiento de haber cumplido su deber para con su marido y de quedar libre a partir de entonces. A continuación comenzó a comportarse de una manera equívoca. Estaba celosa otra vez de su marido, pero también ella provocaba a los hombres. «Naturalmente, sólo con la mirada», decía. Pero cuando alguien respondía a su invitación, lo rechazaba furiosa. Renunció pronto a estas «bromas inocentes», desviadas también de su sentido por sus «enemigos», y las escenas de celos se hicieron cada vez más penosas.

A fin de que su marido fuera impotente para las demás mujeres, le obligaba a muchos encuentros sexuales

---

en la estadística de morbilidad del ejército alemán que, a consecuencia de la propaganda antialcohólica de los últimos años, la morbilidad alcohólica ha disminuido rápidamente del 4,19 por 1.000 al 0,7 por 1.000 en un año, pero que, en cambio, el número de las demás causas de morbilidad neurótica y psicótica ha aumentado en las mismas proporciones (Deutsche Militärärztliche Gesellschaft, 1909, 20 de mayo). La victoria sobre el alcohol sólo supone un progreso aparente de la higiene, el psiquismo privado al alcoholismo de alcohol encuentra muchos caminos para refugiarse en la enfermedad. Y si los psiconeuróticos son afectados por la histeria angustiosa o la demencia precoz en vez del alcoholismo, debemos lamentar la enorme energía derrochada en la lucha contra el alcoholismo, con muy buena voluntad pero con una visión equivocada.

cada noche. Cuando la enferma salía un instante de la habitación (para satisfacer una necesidad natural, por ejemplo), cerraba la puerta con llave tras ella, se apresuraba a volver, y si encontraba algo desordenada la sobrecama, acusaba a su marido de haber recibido mientras tanto a la cocinera despedida que habría podido hacerse una copia de la llave.

Como vemos, la enferma había puesto en práctica la insaciabilidad sexual de que el paranoico anterior sólo se vanagloriaba sin poder realizarla. (De cualquier forma, una mujer puede multiplicar las relaciones sexuales, incluso sin libido, más fácilmente que un hombre.) El atento examen de la ropa de cama se repite también aquí.

La enferma se mostró muy difícil en la casa de salud. Provocaba a todos los hombres pero no dejaba que ninguno se le acercara. Por el contrario tenía una amistad íntima o se había enemistado con todas las mujeres de la casa. Sus entrevistas conmigo versaban en general en torno a ello. Tomaba muy a gusto los baños tibios que le habían prescrito, pero aprovechaba para reunir mientras tanto una documentación detallada sobre el volumen corporal y la silueta de las demás enfermas. Resultaba imposible no observar la ávida expresión de su mirada cuando contaba sus observaciones sobre la más bellas. Cierta día, cuando se encontraba sola con las más jóvenes, organizó una «exposición de piernas», y pretendió haber ganado el primer premio en el concurso (narcisismo).

Con muchas precauciones, intenté informarme un poco sobre la estructura homosexual de su desarrollo sexual; le pregunté si no había amado apasionadamente a sus amigas, como tantas otras chicas. Ella comprendió inmediatamente mi intención, manifestó un frío rechazo y pretendió que yo quería hacerle decir obscenidades. Conseguí tranquilizarla al respecto, pero fue ella misma la que se me confió (bajo secreto) que durante toda su niñez había practicado la masturbación mutua con otra niña por instigación de ésta. (La enferma sólo tenía hermanas, no hermanos.) Las comunicaciones siguientes de la enferma -cada vez más raras por cierto- manifestaron una fijación muy intensa hacia su madre y hacia los domésticos femeninos.

La relativa calma de la enferma resultó seriamente perturbada por la visita del marido. Reapareció el delirio de celos. Le acusó de haber aprovechado su ausencia para correr todas las aventuras sexuales imaginables. Sus sospechas aludían en particular a la vieja sirvienta que, según había oído, llevaba la casa. Era cada vez más insaciable en las relaciones sexuales. Si su marido se mostraba reticente, ella le amenazaba con matarlo. Incluso un día llevó un cuchillo consigo.

Las débiles muestras de transferencia sobre el médico, perceptibles al principio, desaparecieron también durante esta agitada época tras una resistencia cada vez más violenta que anulaba las perspectivas de un análisis. Se hacía necesario internar a la enferma en un establecimiento más alejado, bajo una vigilancia más estricta. Este caso de delirio de celos sólo puede explicarse suponiendo que se trata también aquí de una proyección sobre el marido del interés que despiertan las personas del mismo sexo. Una joven educada en un ambiente casi exclusivamente femenino, fijada durante su infancia con excesiva intensidad a las criadas y que, además, había mantenido durante años relaciones sexuales con una compañera de su edad, es obligada bruscamente a un matrimonio de interés con un «hombre» grosero; pero obedece, y sólo se rebela una vez, cuando su marido se comporta de manera ofensiva con respecto a ella, e, inmediatamente después, desvía su interés inconsciente hacia el ideal de su infancia (una pequeña niñera). La tentativa fracasa, no puede admitir ya la homosexualidad, se ve obligada a proyectarla sobre su marido. Es el primer breve ataque de celos. Después, cuando por fin ha cumplido «su deber» y da a su marido el niño que él le reclamaba, ella se siente libre. La homosexualidad, refrenada hasta entonces, intenta precipitarse violentamente y en forma abiertamente erótica sobre todos los objetos que no permiten sublimación (chicas jóvenes, mujeres ancianas, criadas); pero todo este erotismo homosexual lo atribuye la paciente a su marido, salvo cuando puede disimularlo bajo la máscara de un juego inocente. Para reafirmarse en esta mentira, debe mostrarse muy provocativa con los hombres, que son ya para ella bastante indiferentes, e incluso comportarse con su marido como una ninfomaníaca.

### III

Un abogado me pidió que examinara a su cliente M. X., empleado municipal, injustamente perseguido por sus conciudadanos, y que certificara que tenía la mente sana. Poco después apareció el cliente. El solo hecho de que desde el principio me trajera toda una colección de recortes de prensa, copias de documentos, octavillas redactadas todas por él, numeradas y clasificadas en un orden ejemplar, despertó mis sospechas. Una ojeada sobre los escritos me persuadió de que tenía enfrente a un maniaco de la persecución y del procedimiento. Le convoqué a examen a la mañana siguiente, pero las raíces homosexuales de su paranoia aparecieron a partir de la lectura de sus escritos.

Sus disgustos comenzaron con una carta en la que comunicaba a un cabo que el oficial que vivía frente a él «se afeitaba ante la ventana, unas veces en camiseta y otras desnudo». «Después pone a secar sus guantes en la ventana en una cuerda, como lo hacen en las pequeñas ciudades de Italia». El enfermo rogaba al oficial que pusiera fin a tal escándalo. Al rechazo del oficial contestó con graves insultos. Siguió una denuncia dirigida al general, en la que se trataba de los calzoncillos del oficial de enfrente. Reiteraba también su lamento respecto a los guantes. Subrayaba con enormes caracteres que la cosa le resultaría indiferente si no viviera con su hermana. «Creo que tengo un deber de cortesía que cumplir con una dama». Al mismo tiempo mostraba en sus escritos una extraordinaria susceptibilidad y todas las señales de la megalomanía. En sus escritos posteriores mencionaba cada vez más frecuentemente el famoso calzón. Resaltaba a menudo en gruesos caracteres la «protección de las damas». En una nota complementaria añadía que había olvidado decir que el señor capitán tenía la costumbre de vestirse por la noche en una habitación iluminada, sin correr las cortinas. «Esto resultaría indiferente» (en caracteres finos), «pero debo pedir protección contra tales espectáculos en nombre de una dama» (esto en caracteres gruesos).

Después venían las peticiones dirigidas a la comandancia del ejército, al Ministerio de la guerra y al despacho ministerial; sólo las palabras camiseta, calzoncillo, torso desnudo, impresas en caracteres pequeños, estaban después subrayadas con tinta negra. (El enfermo poseía una imprenta y podía imprimir lo que quisiera.) Un informe de la comandancia del ejército revelaba que el padre del enfermo y algunos otros parientes eran paranoicos, y que aquél se había suicidado. El padre, según expresión del enfermo, era «abogado-consultor y orador» (el paciente era asimismo hombre de leyes) y uno de sus hermanos oficial. Después se supo que el paciente era discípulo de Kneip, y que incluso se había presentado cierto día ante el prefecto con los pies desnudos, calzando sandalias, lo que le había valido una bronca. (¿Exhibición?).

Al no obtener respuesta a sus interpelaciones, llevó el asunto al campo del honor; pero en el momento crítico hallaba siempre una escapatoria, amparándose en cualquier párrafo del código del honor que conocía perfectamente. Al mismo tiempo caía en un exceso parcialmente voluntario expresándose como si la carta hubiera constituido un ultraje para el oficial. Escribía además (en letras enormes) que eran únicamente las faltas del oficial las que había enumerado, y aun con gran moderación. En lo que se refería a él, respecto al oficial semidesnudo, imputaba a las autoridades militares la opinión de que parecían considerarle como una anciana cuyo único deseo era satisfacer su curiosidad sobre tales objetos. Citaba numerosos ejemplos sobre la manera en que se castigaba en el extranjero a los oficiales que molestaban a las damas en plena calle. En general reclamaba protección para las mujeres indefensas contra las agresiones brutales, etc. En uno de sus panfletos lamentaba que el capitán aludido «apartara de él su vista de manera insultante y provocativa».

Sus procesos se sucedían sin pausa. Lo que más le irritaba era que las autoridades militares rehusaran considerar sus alegatos. A los civiles les arrastraba ante los tribunales civiles; pronto llevó el asunto al plano político, en su diario incitaba a los militares a los cargos municipales unos contra otros, esgrimía las «nacionalidades» contra la administración civil húngara, y halló efectivamente cien «partidarios» que le testimoniaban su aprobación públicamente y por escrito.

Un día denunció a otro oficial ante el nuevo general, acusándole de haber insultado a su hermana en la calle diciéndole «¡Puaf, puerca alemana!». Su hermana confirmaba la cuestión mediante una carta que claramente estaba escrita por el propio paciente. Después se dedicó a los artículos de los periódicos donde planteaba complicadas adivinanzas con los lugares «peligrosos», entrecomillados. Por ejemplo, hablaba de un proverbio francés que en alemán sería «das L... t ... ». A duras penas conseguí adivinar lo que significaba:

«das Lächerliche töteb».<sup>6</sup>

Una nueva denuncia contra el primer capitán aludía a «muecas, mímicas, gestos y miradas provocativas». Por él no se preocuparía, «pero se trataba de una dama». Él y su hermana llamaban despiadadamente al orden a quienes faltaban al pudor. Seguían nuevas palabras ofensivas, que cada vez terminaban en una extravagancia del enfermo, que recurría al código del honor con las trampas propias de un abogado. Venían luego cartas amenazadoras en las que él y su hermana hablaban constantemente de «tomarse la justicia por su mano». Seguían largas declaraciones, cien citas tratando del duelo, por ejemplo, «No son las balas ni la espada los que matan, sino los padrinos». «Hombre», «los hombres», «civil», aparecían constantemente. Hacía firmar por sus conciudadanos himnos a su propia gloria que él redactaba. Además, señalaba sarcásticamente que lo que posiblemente se deseaba era «verle besar humildemente los pies y las manos de los señores».

Vinieron luego los combates contra las autoridades municipales. Cuarenta y dos concejales pidieron que se le castigara. Eligió a uno, le persiguió y le insultó de manera abominable. Animado por el interés despertado y la aprobación de un panfleto subversivo vienés, se presentó a las elecciones sub-prefectorales e hizo al mundo entero responsable de su fracaso. Por supuesto, también participó en el antisemitismo. Más adelante trató de restablecer entendimiento entre civiles y militares, subrayando constantemente estas palabras.

Por último, el asunto llegó a manos de una autoridad superior, que pidió un informe sobre el estado mental de enfermo. Vino a verme con la esperanza de ser reconocido mentalmente sano.

Basándome en observaciones precedentes de paranoicos, era fácil establecer aquí también la extraordinaria importancia de la homosexualidad a partir de los hechos mencionados. La eclosión de la manía persecutoria latente hasta entonces fue provocada la vista de un «oficial semidesnudo», cuya camiseta, calzoncillo y guantes habían causado aparentemente una gran impresión en el enfermo. (Véase el papel de la ropa de cama en los dos paranoicos celosos descritos anteriormente.) Nunca denunciaba ni acusaba a las mujeres; siempre se refería a los hombres, generalmente a escribanos o a funcionarios superiores. Tuve que explicar esto por la proyección sobre estas personas de su propio interés homosexual, precedido de un signo negativo. Su deseo expulsado del yo volvía a la conciencia como la percepción de una tendencia persecutoria hacia los objetos de su predilección inconsciente. Busca y rebusca hasta convencerse de que se le odia. De esta forma, su capa de odio puede dar libre curso a su propia homosexualidad, disimulándola ante sí mismo. Los oficiales y funcionarios tenían su preferencia en la persecución; se explica esto porque su padre era funcionario y porque tenía familia militar. Supuse que éstos eran los objetos primitivos, infantiles, de sus fantasías homosexuales.

La galantería y la ternura excesiva hacia las mujeres correspondían aquí a la extraordinaria potencia de que se jactaba el paranoico alcohólico y a la pseudo-ninfomanía de la mujer celosa. He encontrado este rasgo en el análisis de la mayoría de los hombres claramente paranoicos.

Muchos homosexuales tienen «gran estima» a la mujer, pero sólo aman al hombre. Esto le ocurría a nuestro paranoico; pero en él el amor se había transformado, por una inversión del afecto, en manía persecutoria y en odio. La constante alusión a su hermana ofendida se explica por sus fantasías homosexuales pasivas inconscientes; su lamento al ser considerado como una vieja que satisface su curiosidad con oficiales desnudos y con sus prendas interiores, etc., lo confirman. Así, pues, cuando se lamenta conscientemente de ser ofendido por hombres que le persiguen, piensa inconscientemente en agresiones sexuales de las que él sería objeto. Puede verse en este caso cómo se hunde la sublimación sexual de la homosexualidad, edificada a duras penas, probablemente bajo el peso de una excesiva proliferación de las fantasías infantiles y puede ser que también a consecuencia de otras causas ocasionales ignoradas por el yo, y cómo surge en el delirio la perversión infantil a base de estos intereses sublimados (exhibición).

Para controlar mi comprensión en este caso fui anotando las reacciones del paciente a las cien palabras

---

6.- Lo ridículo mata.

inductoras de Jung, y analicé las ideas inducidas. Lo más instructivo de tales análisis es la pobreza de los resultados. El paranoico se desentiende tan bien de los afectos penosos que parece como si nada le afectara, y utiliza con facilidad al hablar o al actuar lo que el histérico rechaza profundamente en el inconsciente. Otro hecho notable y muy característico de la verdadera paranoia es la ausencia total de la reproducción errónea en los «signos de complejos» de Jung. El paciente se acuerda muy bien de las reacciones a las palabras inductoras incluso «críticas», próximas a los complejos. La proyección protege tan bien al paranoico contra los efectos, que no necesita de los huecos humorísticos de los histéricos. La proximidad de los complejos se manifiesta aquí más bien por una palabra abundante y por relaciones egocéntricas más intensas; además, prácticamente todas las palabras inducidas conciernen al «yo» del paciente. Son muy frecuentes los inducidos que siguen la consonancia o la rima, y también lo son los chistes. Esto en cuanto al aspecto formal de la experiencia. Como ejemplo voy a citar algunos inducidos con sus análisis:

Inductor: cocinero. Inducido: cocinar, cocinera. Análisis: trabajar en la cocina hace a la mujer quejosa. Cerca del fuego la mujer se calienta y se inflama. También mi madre era muy aficionada. Yo no permitiré que trabaje en la cocina. Un hombre es mucho más resistente. Es cierto que Goethe dijo: siete hombres no soportarían tanto peso como una mujer. Mi madre tuvo seis hijos. El hombre amamantaría mejor. (En esta reacción volvemos a hallar la consideración a la mujer y la sobreestimación del hombre; aquí se añade una fantasía: el amamantamiento por el hombre.).

Inductor: río. Inducido: me gustaría bañarme en un río. Análisis : tengo pasión por los bañistas; hasta octubre iba todos los días bañarme en el río con un primo. A consecuencia del excesivo trabajo se pegó un tiro en la cabeza. Yo evito la sobrecarga, y por ello tengo poca relación con las mujeres. (Tentativa de una justificación higiénica de su alejamiento sexual de las mujeres. El primo era oficial.).

Inductor: sal. Inducido: la sal recuerda a la de la boda. Análisis : soy opuesto al matrimonio. Hay frotamientos diarios.

Inductor: escritura. Inducido: ... me gusta la de un artista berlinés que ha muerto hace poco; era el fundador del arte decorativo. Se llamaba Eckmann. Análisis: me gustan esas escrituras monumentales que se destacan. Como la de mi padre. La mía se parece a la de mi padre, pero es menos bella. Pero mis cartas también son grandes. (La sobreestimación de la superioridad física del padre, tan frecuente, se manifiesta también en el esfuerzo del niño en imitar su escritura. La admiración por el gran tamaño de las letras puede también interpretarse en sentido simbólico.).

Inductor: tapón. Inducido: salta con el champán. Análisis: la naturaleza se ha esforzado en darnos una sorpresa ruidosa (explosiva) al crear a la mujer. Pero el declive llega enseguida. Mi padre era muy guapo, incluso de mayor.

Inductor: golpear. Inducido: mis adversarios merecen golpes, es lo menos que puede decirse. Análisis : preferentemente les atravesaría los huesos con un picafuegos. ¡Sería divertido! Desde mi infancia me he interesado por los bomberos (el picafuegos es un símbolo muy extendido).

Inductor: limpio. Inducido: en las personas aseadas todo es limpio. Análisis: de niño me gustó siempre la limpieza; mi abuelo me felicitaba. Mi hermano mayor era desordenado. (Cuando la suciedad y el desorden se hacen penosos o demasiado insoportables para el niño, es signo precursor a menudo de una fijación homosexual y en parte puede ser también su causa.).

#### IV

El cuarto caso que deseo exponer rápidamente no es una paranoia pura, sino una demencia precoz con fuerte coloración paranoica.

Se trata aquí de un maestro de pueblo, joven aún, que desde hacía un año se hallaba constantemente torturado por la idea del suicidio, según contaba su mujer, mayor que él en apariencia; se veía perseguido por el mundo entero y pasaba horas enteras observando lo que había frente a él.

Encontré al enfermo despierto en su cama, con la cabeza tapada por la colcha. Apenas había intercambiado unas palabras con él cuando me preguntó bruscamente si estaba obligado, como médico, a guardar los

secretos de los enfermos. Respondí afirmativamente, tras lo cual, mostrando un intenso terror, me contó que en tres ocasiones había practicado el cunilinguo con su mujer. Sabía que por este acto abominable la humanidad le había condenado a muerte, que se le cortarían las manos y los pies, que su nariz se pudriría, y que sus ojos reventarían. Señaló un lugar estropeado, aunque pintado, del techo por donde su acto había sido observado. Su principal enemigo, el director de la escuela, se había informado de todo mediante espejos y aparatos electromagnéticos complejos. A consecuencia de su acto perverso, se había convertido en un «die»<sup>7</sup> (es decir, en una mujer), pues el hombre se une mediante su pene y no con su boca. Iban a cortar el pene y el escroto, e incluso todo el aparato.

Cuando en el curso de la entrevista me tocaba la nariz por casualidad, decía: «sí, mi nariz se pudrirá, eso es lo que usted quiere decir, ¿no es verdad?». Al entrar yo había dicho: «¿Es usted el señor B?». Volviendo sobre este hecho se explicaba: sobre mi nombre todo está dicho: yo soy die Blüte<sup>8</sup> + er (= Blüthner); es decir, un die + er. Un hombre y una mujer; en el nombre de Sandor, d'or significa para él el oro («das Gold»), es decir, según su explicación, que se le ha convertido en un ser de sexo neutro. En cierta ocasión -me dijo- había querido saltar por la ventana, pero le vino a la memoria la palabra Hunyad<sup>9</sup> (huny = cierra, es decir, cierra sus ojos + ad = da, es decir, da algo). Según él, esto significaba que podría creerse que él cerraba los ojos para que su mujer se diera a otro cualquiera, es decir, le permitiera todo. Para que no pudiera pensarse esto de él, prefirió conservar la vida. Pero además, aun estando vivo, podía pensarse de él que cerraría los ojos si su mujer se «diera» a otro.

Le atormentaban los remordimientos por su acto perverso. Siempre se había sentido alejado de este tipo de perversiones y entonces mismos le horrorizaban. Sin duda fue su enemigo quien inspiró su acto, posiblemente mediante sugestión.

Siguiendo el interrogatorio, supe que durante mucho tiempo había llevado su dedicación hasta sacrificarse por su director («un hombre bueno y vigoroso»), que por consiguiente siempre había estado muy satisfecho de él, repitiendo a menudo: «sin usted no podría hacer nada; es usted mi brazo derecho». Pero desde hacía cinco años, el director le atormentaba, le importunaba con papeleos cuando estaba en plena explicación de un poema y en ocasiones similares.

Para responder a mi pregunta: «¿sabe usted alemán?»<sup>10</sup>, descompuso y tradujo luego «németül» del siguiente modo:

ném = ninm = tomas

et = como conjunción francesa

ül = siéntate (en húngaro: «ülj») es decir: con mi pregunta yo quiero dar a entender que debía tomar su pene con la mano, y (et) para hacerlo, sentarse. Pensaba explícitamente en su propio pene que, según las acusaciones de sus enemigos, pretendía introducir en «otro agujero».

Otro agujero = otras mujeres, extrañas; sin embargo adoraba a su mujer, lo afirmaba.

Su padre era un pobre criado (esto era cierto) y a menudo se mostraba severo. Durante sus años de estudio, el paciente se quedaba siempre en casa y leía poemas a su madre. Su madre había sido muy buena con él.

Se trataba de un hombre que durante un cierto tiempo había conseguido sublimar su homosexualidad con éxito, pero al decepcionarle el director, al que hasta entonces había venerado, comenzó a odiar a todos los hombres y luego, para justificar su odio, se vio obligado a interpretar cualquier signo, gesto o palabra, como intención persecutoria. También me odiaba a mí; interpretaba en sentido hostil todas mis palabras,

---

7.- «die» = la, artículo femenino en alemán.

8.- He cambiado el nombre del enfermo, pero de manera que se mantenga sentido de mi explicación.

9.- Nombre propio húngaro, cuyas dos mitades: «huny» y «ad» significan respectivamente: cierra (en el sentido de cerrar los ojos) y da.

10.- En húngaro se dice «tud németül?». Sigue una descomposición de las dos palabras en sílabas y una interpretación de estas sílabas aisladas, en la que intervienen el alemán, el francés y el húngaro. Es prácticamente intraducible.

todos mis gestos, descomponiendo, traduciendo y deformando cualquier palabra que yo pronunciara, hasta convertirla en alusión hostil.

La madre del enfermo indicó que había sido siempre muy buen hijo. En lugar de jugar con los demás niños prefería leer libros a su madre, en particular poemas, cuyo contenido le explicaba.<sup>11</sup>

El padre era un simple obrero; trataba a su hijo muchas veces con rudeza; indiscutiblemente el paciente no estimaba demasiado a este padre de condición modesta al que superaba intelectualmente, y deseaba otro padre más respetable. Lo encontró en la persona de su superior, el director de la escuela, a quien sirvió durante años con un celo infatigable, pero éste no correspondía a las exigencias del enfermo (verdaderamente muy elevadas). Quiso entonces dedicar su amor a las mujeres, pero éstas le resultaban ya indiferentes. La exageración heterosexual y el cunilinguo le servían para disimular su falta de deseo de mujer. Sin embargo, subsistía su pasión por los hombres aunque rechazada de la conciencia, y luego recuperada en forma de proyección, precedida de un signo negativo; el sentimiento de fidelidad y de sumisa dedicación había sido reemplazado por el sentimiento de persecución.

Además de los casos expuestos, también he registrado «la observación analítica» de otros tres paranoicos.<sup>12</sup> Pero como no me han enseñado nada nuevo, no he tomado notas detalladas. Sin embargo, las observaciones aquí expuestas me permiten ya formular la hipótesis de que en la paranoia se trata de la reaparición de la homosexualidad hasta entonces sublimada, en la que el yo se defiende por el mecanismo mecánico de la proyección.

Se nos sitúa ante un problema mucho más difícil, el enigma de la «elección» de la neurosis (Neurosenwahl, Freud), planteándose la cuestión siguiente: ¿Cuáles son las condiciones necesarias para que la bisexualidad infantil, la «ambisexualidad»,<sup>13</sup> evolucione hacia la heterosexualidad normal, la homosexualidad, la neurosis obsesiva o la paranoia?.

**(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo I, cap. XIII. “Pa pel de la Homosexualidad en la Patogenia de la Paranoia”. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).

---

11.- Aquí fue donde la irrupción perturbadora interior del director adquirió su fuerza traumatizante.

12.- Un paranoico celoso y dos litigantes. Uno de estos últimos, un ingeniero, vino a lamentarse de que «determinados hombres absorbían», la fuerza viril de sus órganos genitales por medios desconocidos.

13.- En lugar de tendencia bisexual, creo preferible en psicología el término de ambisexualidad. De esta forma quedará claro que en tal disposición no consideramos la presencia en el organismo de sustancia viril y de sustancia femenina (Fliess), ni en el psiquismo de libido masculina o femenina, sino la capacidad psíquica del niño de dirigir su propio erotismo -al principio sin objeto- hacia el sexo masculino, hacia el femenino o hacia ambos y de fijarse a cualquiera de ellos, y eventualmente a los dos. y eventualmente a los dos.























